

Ricky Dávila

Tractatus

Logico-Photographicus

La fotografía explicada a los atunes



Galaxia Gutenberg

RICKY DÁVILA

Tractatus
Logico-Photographicus

La fotografía explicada a los atunes

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2020

© Ricardo Dávila, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 3361-2020
ISBN: 978-84-17971-37-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

¿Qué son las ideas de los pensadores para los ostentosos traficantes verbalistas sino peces sueltos? ¿Y qué eres tú lector, sino un pez suelto, y también un pez preso?

Moby Dick, HERMAN MELVILLE

Índice

1. Una cuestión de tiempo	11
2. Y la luz se hizo.	55
3. Focus Pocus.	99
4. El origen	139
5. Los laureles del César	183
6. Un mundo feliz	223
Agradecimientos	269

A falta de un Dios al que recurrir, ya lo dijo el poeta bien podemos pensar que estamos hechos de polvo de estrellas. Que cada átomo de nuestro cuerpo-hidrogeno, helio, carbono... proviene de la fragua lejana de alguna estrella de hace millones de años, y que cada una de esas partículas nuestras seguiría existiendo más allá de esa cosa tan seria y oscura que llamamos muerte. De algún modo somos inmortales.

Nuestra vespa anfibia y entumecida solo está preparada para procesar tres dimensiones. Aunque nuestro cerebro dotado (como el mio a la cabeza, pación te lector, túrido querido) es incapaz de ~~ver~~ del todo la malla ~~espacio-tiempo~~ (entender) espacio-temporal unida por Einstein, lo que ya parece conveniente es que no se trata de un delirio de ciencia-ficción y que verdaderamente existimos ~~en un mundo~~ inmersos en un ovillo de cuatro dimensiones en el que el paso del tiempo se puede medir en metros.

Gracias a la ecuación de Einstein, $E=mc^2$ asumida la luz como una constante universal, el tiempo puede medirse en metros.

Por ejemplo: si multiplicamos los segundos transcurridos desde que Edward Muybridge realizó en 1872 la fotografía de la yegua Occident congelada en su galope en el hipódromo de Sacramento hasta la actualidad (t), por la velocidad de la luz (c), el resultado obtenido nos dará la distancia (s) que nos separa en el instante en el que escribo esto del caballo levantando el su carrera hace más de un siglo. El pasado no desaparece, tan sólo se diluye en el espacio y en el tiempo.

$$c = s/t ; s = ct$$

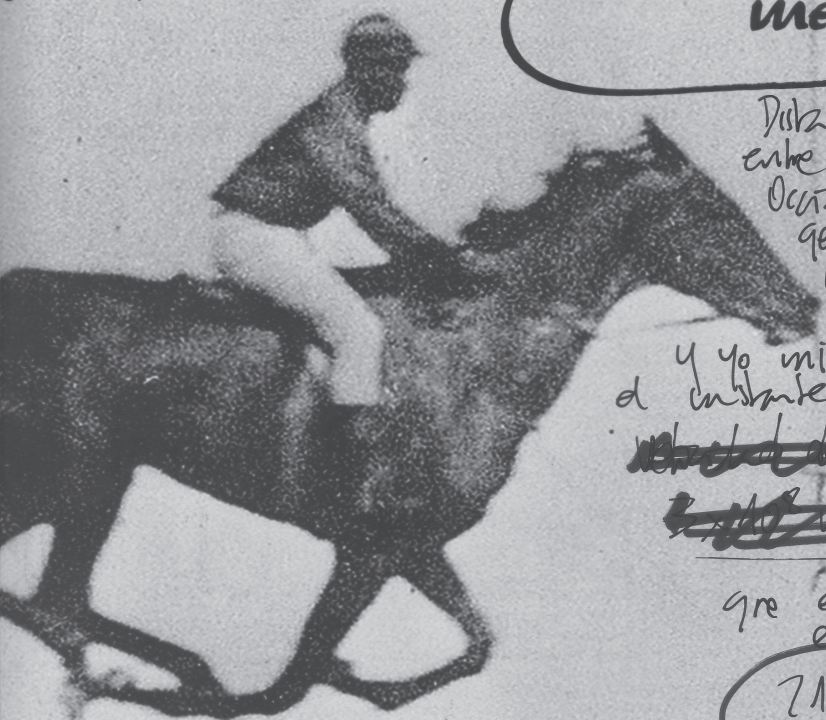
Tiempo (t)
transcurrido desde
1872 a la actualidad
 7×10^7 segundos

Velocidad (c)
de la luz
 $3 \times 10^8 \text{ m/s}$

✱ ✱ ✱

$$t = 3 \times 10^8 \times 7 \times 10^7$$

$$21 \times 10^{15} \text{ mehs}$$



Distancia (si
entre la year
Occident con-
gada a
le conca
en 1872

y yo mismo en
el instante en el

~~instante de la vida~~
~~de la vida~~

que es el
esto

$$21 \times 10^{15} \text{ m}$$

15 Dic 2017

La noche del 2 de enero de 1841,
a la vuelta de un baile al que había
asistido con evidente disgusto, rodea-
do de una multitud "más vacía
que el sonido de una bola en el
pavimento"; un extenuado Gustavo
Flaubert anotaba en su diario:

"...el tiempo es un fantasma que es-
capa de nuestras manos o un es-
pectro que nos opreme el pecho".
Supongo que se debía a un fondo
de rabia contra el purito aburrimien-
to de los días interminables y las
noches sin sueño en las que, parece,

3

I

Una cuestión de tiempo

*Para no ser esclavos torturados del
tiempo, embriagaos, ¡embriagaos sin parar!
Con vino, poesía o virtud a vuestro antojo.*

CHARLES BAUDELAIRE

*Mi misión es matar el tiempo y la de éste matarme a su vez.
¡Qué cómodo se encuentra uno entre asesinos!*

EMIL CIORAN

Prietados ojos en la luz contralmada y suave calor de ropa junta debajo de mi controllo con codo y oscuro morado en los lados para la ropas. También en el perso hundido digo oscuro y sigo ambueltas y sigo mido y sigo porque ya mejor mesta oscuro, aunque, vaya, iguala no y ayque o ayqueno. Parapies yast tiempo, ocultito y arrugado, pero qué va desiempre bastabip y bueno bipbip sinostamos otro tiempo bipbipbipbip...

El martilleo inclemente del despertador forcejea con mis párpados...

Preferiría no hacerlo, preferiría no hacerlo...

Despierto contra mi voluntad, empujado a la arena de una jornada que adivino idéntica a la anterior, anticipo, a buen seguro, de otra igualmente indistinguible. El tiempo saltando a horcajadas sobre el tiempo.

Desde el dormitorio puedo escuchar el siseo reptil de la asistente Eloísa. Me la figuro desempolvando el rodapié o aplastando algún insecto imaginario. Son ya varias semanas en las que ambos pugnamos por el dormitorio. La lucha comienza con el timbrado del despertador. Me veo, así, acorralado en mi propia habitación por una cromañón con delantal que me ataca a escobazos hasta echarme a la calle como un desvalido esclavo arrojado a las fauces de las horas. En estos momentos puedo adivinar la cadencia asesina de su respiración del otro lado de la puerta, su aviesa mirada en dirección a mi habitación, enmarañado el pelo y palmeándose el estómago en un gesto, estoy convencido, desafiante. Aprovechando un momento de distracción del enemigo me deslizo por la puerta sin ser visto, huyendo de la batalla doméstica.

Arranco la mañana sentado en un banco cualquiera de un parque cualquiera, una mañana cualquiera de un día cualquiera. Estas semanas he añadido una libreta a mi mochila. Así, con el cuaderno de escudilla y la cámara fotográfica a modo de lanza, héroe de mi propio relato, me enfrento a las largas horas del día como un quijote descabalgado. En la libreta transcribo ocasionalmente el veneno de mis lecturas, mis divagaciones sin fuste y algún poemilla de inspiración propia...

Un chucho gruñón y contrahecho va repartiendo orines con pausa y ceremonia por las plantas y jardineras que me rodean. Entre los arbustos asoma, de cuando en cuando, un pensionista ocioso, aferradas las dos manos al plástico arrugado de una bolsa de contenido impenetrable.

En un esfuerzo titánico, me aventuro con los primeros disparos fotográficos del día, «que algo hay que hacer», pienso para mí, entumecido. ¡Click, click, click...! Parpadeos que en la milésima parte de un segundo reducen la caótica realidad a un efímero espectáculo de orden y concierto. Dispongo el cielo en el tercio superior y la tierra con todo su peso en la mitad inferior del visor. Así, en este paisaje hurtado al tiempo, la cosa queda, momentáneamente, equilibrada, con el vientecillo que agita las hojas del parque transmutado en una suave caricia; para cada pájaro y florecilla encuentro un propósito y lugar; hasta el cuasimodo canino, que se acerca ahora obsequioso y feliz, meneando su rabito pelado, tiene hueco en este cuadro de armonía. Voy pasando así la mañana, persiguiendo molinos de viento, alanceando la realidad con mi cámara y liberándola de tribulaciones y desarreglos. Lástima que este teatro improvisado tenga poca más extensión que el rectángulo de mi visor y tan sólo dure el fugaz destello de un disparo.

En alguna parte leí que los animales, como los niños, no tienen conciencia del tiempo. Que la conciencia del tiempo es un atributo —o una lacra, mejor pensado— propia del hombre. Los griegos veían en el titán Cronos, devorador de sus hijos, una fuerza cruel y devastadora. Para muchos pensadores occidentales el tiempo ha sido desde siempre la causa principal de la neurosis del hombre frente al mundo, de su perpetua desazón ante una realidad con la que no acaba de conciliarse y que no acaba de comprender. «El tedio es el

horror del tiempo, la conciencia del tiempo. Quien no es consciente del tiempo no siente tedio...» Transcrita en mi libreta, esta sentencia de Emil Cioran lleva días enredando sin tregua mis devaneos.

Me siento exhausto en el banco, apoyando los codos en el respaldo con la satisfacción y el desacato de un cazador furtivo que hubiera apuntado su arma al sol, envanecido por esta osadía prometeica mía. Lo cierto es que algo tiene el juego creativo de acto irreverente, un acto que en sustancia pretende negar la realidad y reformularla a capricho. Prometeo robando el fuego a los dioses.

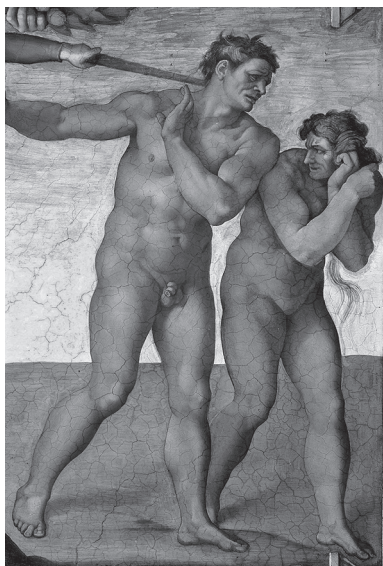
«Vaya», me digo, mirando ahora por encima del hombro, culpable y apurado un tanto por mis devaneos. Y con la cámara descansando a un lado, el demiurgo Dávila vuelve paulatinamente a la desnuda realidad del parque, despojado ya de la protección de su visor. Cae a mi alrededor el telón de este teatro de armonía. El perrete, de nuevo bufando y malquistado, trota en mi dirección, reclamando con gruñidos el banco del que ahora me incorporo culpable. Vuelven los pajarillos a su vuelo incierto y un viento errático agita ramas y papeles por el suelo. De esta escena, sin orden ni concierto, huye su director entre las sombras...

En la puerta de mi domicilio, ahora vacío, sin rastro alguno de la asistente Eloísa (gracias, Señor), reconozco mi derrota, la futilidad de un asalto a la vida nuevamente frustrado. Un asalto sin otro logro que el halo de las imágenes que he visto parpadear en la pantalla de mi cámara, y que no sé bien si emplazar en el recuerdo o en la ilusión de mi imaginación, lo que bien podría ser lo mismo...

*

Adán y Eva fueron expulsados con cajas destempladas de un paraíso en el que el tiempo no existía, un maravilloso edén de eternidad que perdimos todos por culpa del fatal mordisco a una manzana. La pareja fue arrojada por Dios mismo al océano de la temporalidad y condenada, así, junto con su descendencia (nosotros, inocentes pecadores), al rodillo inclemente de las horas. Amplió en el ordenador la fatal expulsión pintada por Miguel Ángel en el sexto fresco de la Capilla Sixtina, el más llamativo de todos, en el que se ve a la pareja abandonando la escena desnuda y arrugada en un

pathos de terror al recibir el castigo divino. La terrible infracción de nuestros padres bíblicos selló en el hombre el estigma del tiempo y de la muerte («volverás a la tierra porque de ella fuiste tomado»...), transmitidos ambos a las futuras generaciones como la maldición de una mala película de terror: una mácula imborrable, una tara del espíritu, vaya, inscrita en el hombre, tú y yo también, amable lector, en nuestra condición de naturaleza caída (*Natura lapsa*).



Pero hete aquí que el hombre, poeta cavernario, espíritu inquieto y rebelde en esencia, se revolvió desde el origen de los tiempos (nunca mejor dicho) contra el castigo y el vértigo de la temporalidad, contra el «horror del tiempo», que diría Cioran. Comenzó, así, una pugna milenaria contra Cronos, en la que la especie ha recurrido, con testarudez inquebrantable, al hechizo de las ciencias y al conjuro de las artes por igual. Hemos momificado faraones y congelado *celebrities* para robar unos siglos al futuro. En Moscú la compañía Kriorus, empeñada en la futura resurrección de sus clientes, ofre-

ce servicios de criogenización por 35.000 euros (¡18.000 si sólo es la cabeza!). Hace casi un siglo inventamos la penicilina, látigo de bacterias infecciosas; y hoy elaboramos afeites cosméticos que borran de un plumazo cualquier huella de arruga en nuestros rostros fatigados. También vamos liberando a la cadena genética de alelos pendencieros y secuencias cancerígenas, y el planeta aparece hoy sobrepoblado de ancianos centenarios que corren maratones y escalan cordilleras con fiebre adolescente.

En cuanto al arte, el gran Arthur Schopenhauer, con cuyos extravíos (que apenas entiendo) llevo narcotizado varias semanas, defendía, pesimista entre los pesimistas, «el consuelo que procura el

arte [...] y el entusiasmo del artista al que le hace olvidar las fatigas de la vida. De este modo, el elogiado creador –llevo anotado en mi libretilla– contempla el espectáculo de la objetivación del mundo: se queda parado en él, no se cansa de contemplarlo y reproducirlo en su representación».

De modo que toda esta pulsión atávica y ancestral que el hombre ha empleado durante siglos en el juego de la creación artística, desde los bisontes delineados en la penumbra de una gruta en Altamira hasta las pirámides de Gizeh, pasando por un cuadro de Bacon, una fotografía de Hill y Adamson o los lobos disecados de Guo-Qiang, todo, incluso mis fotografías timoratas, puede entenderse como un intento desesperado de frenar la rueda del tiempo y devolver a la humanidad toda al cobijo de la eternidad edénica perdida.

Lo cierto es que el mismísimo Miguel Ángel, en la época en que esculpía su primera *Piedad* y reinventaba el cielo de la Capilla Sixtina, Adán y Eva incluidos, declaraba en uno de sus sonetos de juventud, con una arrogancia y una osadía prometeicas que asustan, la irreductibilidad de sus esculturas frente al embate del tiempo: «La causa al efecto cede y se inclina / por lo que el arte vence a la natura. / Bien lo sé, en hermosa escultura compruebo / que muerte y tiempo no afligen a la obra»...

*

El dolor nace en la base del espinazo, en un punto indeterminado entre la columna y la pelvis. Desde este epicentro se expande por todo el cuerpo en ondas concéntricas hasta asomar palpitante en las sienes y en los dedos ahora entumecidos. Encuentro alivio inclinando el torso hacia adelante y distrayendo el calambre con alguna lectura ocasional. En esta postura oferente, con las manos encogidas sobre el codo como un cirujano en espera de sus guantes, continuo mis pesquisas internáuticas y la transcripción de mis notas, un punto obsesionado, debo reconocerlo, con esta idea del aparataje temporal como una ilusión tramposa, un artefacto imaginario perpetrado por el hombre, *sapiens* resabiado, que lograría con este ardid chusco la caducidad de todo dolor, pero sacrificaría, en su

enfrentamiento con el mundo, la eternidad de todo placer. El odio y las contingencias todas, ahora episódicas, arrastrarían por contrato al amor, ya nunca eterno.

En este acuerdo del diablo, tan humano, las palabras de Cioran se convierten en un verdadero acto de fe, en la justa ofensa de quien encuentra inaceptables las reglas de este juego impuesto, en el que, sin previa consulta, nos es negada la felicidad indeleble. En mis lecturas de estos días he descubierto, sorprendido, la misma indignación en Marcel Proust, a quien, por cierto, Cioran detestaba y que, en sus excursiones por Balbec, culpaba indignado al ferrocarril de nuestra conciencia del tiempo: «Desde que existe el ferrocarril, la necesidad de no perder el tren nos ha obligado a tener en cuenta los minutos».



Desde el prodigio de su inmersión literaria, sin embargo, el escritor francés encontró en la evocación el cauce perfecto para su huida hacia adelante, su particular liberación del aparataje temporal: «[...] pues a los trastornos de la memoria van unidas las intermitencias del corazón» escribe, denostando el olvido. Cioran, enemigo de toda nostalgia, utilizó la misma expresión, «intermitencias del corazón», en un sentido completamente opuesto, entendidas éstas como una flaqueza que facultara el regreso de las odiosas reminis-

cencias, ya que, para el pensador rumano, «se hace impensable vivir instalados en el recuerdo».

Para Cioran, el reparto de cartas en esta mano fatal que es la vida sólo resultaba aceptable gracias al recurso del suicidio –al abandono voluntario de la mesa–, del que se vanagloriaba y exhibía como un derecho innegociable. Proust, en cambio, acorralado por su frágil salud, encamado en un apartamento sellado al mundo con láminas de corcho, desgranó su obra catedralicia a lo largo de una década con la urgencia de quien anticipa el final de la partida y la determinación de imponer una moratoria al tiempo: «He puesto la palabra *fin*. Ahora ya puedo morir», anunció con dramática satisfacción a su secretaria Celeste.

En el teatro de una batalla similar, soneto en mano, Shakespeare desafía al tiempo con estas palabras:

No, Tiempo, no te jactes de que cambio: [...]
Te desafío a ti y a tus archivos:
recelo del pasado y del presente
pues corres a tal ritmo enloquecido
que tu visión y lo que vemos mienten.
Ni tu hoz ni tú, te lo juro, impedirán
que siga siendo fiel a la verdad.

*

Últimamente mis paseos acaban en el mismo banco, con la cámara fotográfica rendida en el regazo y la tapa sellando su óptica como quien echa la persiana al negocio. El aventurero Ulises cegando al cíclope. A mi lado se ha sentado la figura ya familiar del pensionista, la camisa recién planchada y embutida en unos pantalones de tergal que sujeta con una cuerda; lo acompaña su inseparable bolsa de plástico. «Nadie es mi nombre», exhorto a mi compañero de asiento, que se mantiene inmutable.

En estos lapsos interminables, en los que el tedio de siempre se adueña de todo el parque, evoco, por momentos, con falsa nostalgia, los días pasados de acción y aventura. Podría desempolvar mi chaleco fotográfico ultraprofesional poblado de credenciales pe-

riodísticas, que exhibía como un sargentillo timorato, con mil bolsillos (en los que nunca encontraba nada), color verde camuflaje (no fuera a ser que me vieran). O podría viajar nuevamente a alguna geografía exótica, descalabrada por alguna guerra o algún tifón, disfrazando, una vez más, mis veleidades de autor con el compromiso por los demás. «Todo por el prójimo y al de al lado pisarlo, tan católico», balbuceo ensimismado. El Coronel Tapioca acariciando tigres y conjurando terremotos por todo el orbe. Occidente al rescate del Tercer Mundo. Superhéroe de tebeo, dejad que se acerquen a mí y a mi cámara multipixelada, látigo de infelicidad y archivo del dolor ahora eliminado por imposición de la casa Canon. En fin, la inmodestia de pensar en ajustes planetarios cuando la acción poética no tiene más alcance que la extensión de nuestros brazos, el fugaz consuelo de una caricia, que diría el poeta. Y repaso mis notas desnortadas hasta encontrar un breve apunte que me ha venido a la cabeza, una transcripción del proteico Shakespeare, al que recurro con frecuencia como espejo y bálsamo a mis cuitas existenciales:

—Sé bienvenido. ¿A qué distancia están tus fuerzas? —le pregunta un Ricardo II al fiel Salisbury, cuya soldadesca ha huido cobardemente a manos de Bolingbroke.

—Ni más cerca ni más lejos que este débil brazo... —responde, contrito, el galés.

Creo que llevo un buen rato hablando y gesticulando al viento. Un monólogo hamletiano sin otro público que el tarado sentado a mi lado en el banco. Incómodo por todo este devaneo, escarbo en mis recuerdos sin encontrar en la memoria de estos últimos días un abrazo redentor. Ojeo de soslayo a mi compañero de banco —la mirada al frente y pegadas las rodillas—, que ha dispuesto entre los dos el misterioso hatillo, poblado, descubro con sorpresa, de relucientes manzanas rojas. Por poco me tiro al cuello del misterioso Forrest Gump. Un gesto de afecto que he congelado en el último instante y que bien podría haber arruinado este primer acercamiento. Alargo, eso sí, el brazo con cautela, lo justo para alcanzar la fruta prohibida, que voy mordiendo con delicadeza femenina. Así,

a bocados, con calma edénica, liquidamos ambos, una a una, todas las manzanas de la bolsa. Confío a mi libreta este episodio con la excitación de un antropólogo consignando su primer encuentro con un bosquimano. En el aire, debo reconocerlo, la duda de quién estudia a quién.

*

Me abandono con pompa y majestad a una pequeña siesta. Las manos sobre el vientre, con la quietud funeraria de un mármol medieval. Me distraigo, medio aturdido, con las nubes que desfilan por la ventana de mi dormitorio. En el alféizar, una mosca con la que compartía palco ha caído fulminada al suelo. Hace un segundo se frotaba las patuelas con fruición, contemplando el espectáculo del mundo desde su mirador. El colapso ha sido instantáneo. Visto y no visto. De la animada vitalidad del insecto feliz al trompazo fulminante y fatal. El bicho ha dibujado en su caída una recta perfecta: la distancia más corta entre dos puntos. En un extremo la vida en todo su esplendor; en el otro, la fúnebre muerte con su manto de sombra. Ahí queda el moscardón, arrugado en el parqué del suelo con las patas recogidas sobre el vientre, como disculpándose por el lapso de su breve (y osada) existencia: una motilla insignificante devorada por el rodillo del tiempo.

*

Llevo un tiempo entregado al estudio de la fotografía y de su historia; voy hurgando en los orígenes fáusticos de este invento del demonio que se coló en mi vida hace ya tres décadas y cuyo embrujo me tiene completamente sometido. Desde entonces deambulo por el mundo con mi cámara colgada al cuello como un penitente. Hay días en los que arrugo el paso como un alma en pena, sin fuerzas para arrastrar el peso de los eslabones de mi cadena; otros días (los menos) levito con gracia disparando al cielo con la inspiración de un fauno distraído con la música de su flauta. También imparto clases y seminarios sobre la materia con la docta impostura que quien sabe de lo que habla, rodeado de un público de tñidos cuya

amable curiosidad sólo se ve superada por una ignorancia batumi sobre la cuestión.

Pero volvamos a nuestro relato. Ingenio científico o nuevo arte, lo cierto es que la fotografía entró en escena en la primera mitad del siglo XIX exhibiéndose a un público incrédulo como un invento que congelaba la realidad ¡y detenía el tiempo!

Las primeras cámaras fotográficas tenían la apariencia de una caja de zapatos a la que Julio Verne hubiera incorporado alguno de sus ingenios de ficción científica. Los daguerrotipos obtenidos, unas planchitas de cobre expuestas a la luz en estos aparatos ciclópeos y monoculares, demostraron a un público estupefacto la capacidad de la fotografía para fijar la realidad, salvándola, parecía, del sumidero del tiempo. Estos daguerrotipos, que recibieron el nombre de «espejos de la memoria», sellaban en el metal de su espejito, recurriendo a una alquimia luciferina todo lo que se les pusiera por delante: monumentos nacionales, callejones vetustos, paisajes pintorescos, retratos, etc., etc. Los daguerrotipos se utilizaron, incluso, como paliativo a la muerte de los seres queridos, retratando el cadáver de familiares fallecidos. En 1851, un tiempo de elevada mortalidad infantil, una compañía estadounidense publicitaba sus servicios de fotografía funeraria prometiendo, veladamente, la eternidad en una leyenda que parece sacada de un soneto del propio Miguel Ángel: *«Secure the shadow ere the substance fade / Let nature imitate what nature made»*.

«Asegura la sombra donde la materia se desvaneció...» Leyendo esta frase resulta inevitable acordarse del joven Buonarroti y de la ilusa pretensión de inmortalizar su obra contra el tiempo. Con esta leyenda la novedosa fotografía prometía perpetuar, de algún modo, un leve eco de la existencia de los familiares ausentes: un billete para la eternidad a cambio de unos pocos francos.

*

Madame Vilado ha hecho causa común con la asistente Eloísa. Estos días he detectado en casa miradas oblicuas y silencios eléctricos a mis espaldas. La pompa de tensión doméstica ha estallado esta mañana en el salón en la forma de una bronca bien gorda. Si no toca

ya, así me ha dicho madame Vilado, mi sibila, faro y guía de mi náufrago espíritu, mi costilla, mi luz, centinela incansable de mi errática existencia..., si no toca ya, insistía, ir dejando un poco tanta lectura y volver a la realidad de las cosas. Salir del pasmo, vaya, en el que llevo instalado varios días, «que se te está quedando cara de signo de exclamación –así me ha dicho, ¡signo de exclamación!–, con el arco de las cejas arrugado al techo ¡y la boca congelada en una ridícula O!...». Es cierto que llevo un tiempo encapsulado en un grueso edredón que arrastro por toda la casa, influido, debe reconocerlo, por mi admirado Hans Castorp, el convaleciente universal ideado por Thomas Mann en la novela *La montaña mágica*. Devoro estos días las mil páginas del grueso novelón en el que Castorp, envuelto en una doble manta, se abandona voluptuoso a sus curas diarias de reposo, entregado a lucubraciones sobre el tiempo y la vida misma en la terraza del sanatorio Berghof. El joven está resultando una venenosa influencia para mi alma quijotesca; de hecho, he decidido practicar la convalecencia, al modo de Hans Castorp, como principio existencial. Un sí es no es; un letárgico abandono a la enfermedad de la vida... El plan es asumir con deportividad el misterio de la existencia como un falso espejismo de salud, una moratoria ilusa a la descomposición irremediable que nos espera al final del juego. Asumida la derrota, vengo disfrutando estos días de una cierta sensación de libertad, la sabia calma del condenado... Porque ¿qué es la vida?, ¿qué es el tiempo?, me pregunto al tiempo que arrastro la capa de mi manto pasillo arriba pasillo abajo, abrazado al grueso volumen con teatral majestad. Madame Vilado pasa la aspiradora con vehemencia, fulminándome con miradas heladoras. Nos cruzamos en el pasillo a cada rato como dos caballeros midiéndose en una justa. Soy consciente de que me la estoy jugando, de que mi empeño en estos paseos cesarinos por la casa y la defensa de esta melancolía mía bien pueden acabar con mi montura por el suelo y la aspiradora entre las manos (cuando no de gorro).

*

«¿Que es el tiempo? –se pregunta Castorp–. Es una condición del mundo de los fenómenos, un movimiento mezclado y unido a la

existencia de los cuerpos en el espacio y a su movimiento. Pero ¿acaso no habría tiempo si no hubiese movimiento? ¿Habría tiempo si no hubiese movimiento?»

Porque más allá de la hipnótica capacidad de los daguerrotipos para salvar la realidad del paso del tiempo, de la promesa de eternidad que encerraban sus planchitas de cobre para un público ávido de espejismos, la fotografía también modificaría la forma en la que el arte *representa* el tiempo.

¿Cómo representar el paso del Tiempo en una imagen? Pintura y escultura habían sido pródigas en óleos y figuras presentando hasta la extenuación, durante siglos, a Saturnos y Cronos, dioses del tiempo, arrancando alas o devorando hijos como alegoría visual de la inclemencia y la crueldad del tiempo sobre el hombre. Hasta aquí todo bien, pero, agotado el recurso de los antiguos dioses, ¿no había otro modo de representar el tiempo en una imagen?

¡Hans Castorp tiene la solución! ¡El movimiento! La danza del tiempo en el espacio, podríamos decir. ¿Qué mejor transcripción visual del paso del tiempo –concluirá Castorp– que una estampa del movimiento?

De hecho, la pintura misma nació literalmente como resultado del empeño y la obsesión de nuestros abuelos cavernícolas por representar el movimiento. En el año 1994 el descubrimiento de las pinturas de Chauvet deslumbraron al mundo adelantando a más de 32.000 años el momento fundacional de la pintura. El primer pintor de nuestra especie dibujó en las paredes de esta gruta buena parte de la fauna paleolítica del momento. Entre todos los animales aparecía un bisonte perfectamente delineado luciendo ocho patas. ¡Ocho patas! Superado el desconcierto inicial (y descartado un cruce entre bisontes y ciempiés antediluvianos) la conclusión era obligada: lo que el artista intentaba representar era la carrera del animal. Werner Herzog dedicaría a esta cueva un poético documental (*La cueva de los sueños olvidados*) en el que el espectador, dibujo a dibujo, línea a línea, cobra gradualmente conciencia de estar asistiendo a un gigantesco mural protocinético en el que cada imagen (rinocerontes embistiendo, cornamentas repetidas en fuga, el perfil de un león secuenciando un salto...) está consagrada a un rudimentario intento de representar el movimiento.

Wikipedia añade que, junto con las representaciones de las 13 especies consignadas en la cueva de Chauvet, existen, además, dibujos de «hongos mágicos» en las paredes, lo que «sugiere que debe de haber sido una cultura chamánica». Imagina uno,



de este modo, a nuestro primer pintor cavernario haciendo bailar con su antorcha (y la química alucinatoria de los hongos) a toda la fauna del Pleistoceno y a las paredes mismas de la cueva, convertida en discoteca improvisada mediante pinturas movientes, desplegadas sobre el lienzo de piedra como el teatro de sombras danzantes de la caverna de Platón.

Aunque poco importa que se trate de un bisonte paleolítico, el Laoconte griego, Adán y Eva expulsados del Paraíso o Saturno mismo devorando a sus hijos, en todos los casos se trata de situaciones extrañamente aquietadas en el lienzo o en la piedra, representaciones que sugieren, como mucho, un paroxismo pregnante, un estatismo que nada tiene que ver con la fugacidad congelada de muchas de las imágenes de acción a las que ya nos hemos acostumbrado en la actualidad gracias a la fotografía.

La cosa no fue fácil en un principio: para los fotógrafos del siglo XIX, fijar el movimiento resultó una tarea de locos. La escasa sensibilidad de las placas, la poca luminosidad de los objetivos, el tamaño de las cámaras... hacían impracticable la fotografía de acción y obligaban a sus frustrados autores a todo tipo de engaños.

En una fotografía titulada *Los deshollinadores*, realizada por Charles Nègré en 1878, un jovencuelo abre la marcha en un extraño gesto de break-dance. ¿Acaso los deshollinadores del París decimonónico paseaban hacia atrás a ritmo de break-dance? Hoy sabemos (gracias a la fotografía) que nadie –salvo Michael Jackson ejecutando el *Moonwalk*– camina apoyando primero la punta del pie: lo que la imagen delata es un torpe intento de escenificar movimiento, una auténtica obsesión incumplida para muchos fotógrafos



de la época, sometidos a las limitaciones técnicas y frustrados por el halo nebuloso, impreciso y fantasmagórico, que provocaban en sus fotografías los objetos en movimiento.

*

Cortas vacaciones en U. Recibimos la visita de E., que abandonó el nido con vuelo propio hace unos años y que vuelve al redil familiar por unos días. Madame Vilado cloquea feliz con sus dos polluelos (E. y el pequeño N.) temporalmente bajo el ala. Yo planto setos en la linde del terreno como quien acumula sacos terreros en defensa de nuestro pequeño edén. El caserón vacacional, suspendido en un lugar impreciso entre el cielo y la tierra, se ha convertido con los años en un refugio fuera del tiempo, inexpugnable a los asaltos del mundo exterior. Los días en U. se suceden indistinguibles entre sí, con el caserón acunado en un océano de verde hierba y alguna nubecilla intrusa cuajada en el cielo azul con fugaces brochazos. Hay también noches cegadoras en las que la luz de tantas estrellas *hiere la mirada*, como diría el poeta, y una luna esférica e hinchada ilumina un silencio primigenio, de caverna cuaternaria, interrumpido a veces por el campaneó del ganado, emboscado en la penumbra de

los pastos y de las colinas que rodean la finca. La imagen me ha recordado unas líneas que llevo transcritas en mi libreta, leídas estos días en *Venecias*, memorables memorias de Paul Morand, que describen a Lord Byron bañándose desnudo en los canales venecianos –custodiada la ropa en la góndola por su mayordomo–, manteniendo el puro en la boca «para no perder de vista las estrellas».

Nuestro refugio recibe, muy de vez en cuando, alguna que otra visita intempestiva. Ayer, sin ir más lejos, se acercaron a la cancela dos hombres trajeados («Extraviados camino de una boda», pensé yo para mí). Se presentaron como padre e hijo, y dijeron ser testigos de Jehová. Comenzó entonces una larga perorata de admoniciones sobre el fuego de este planeta descalabrado y a las puertas del infierno. El padre, de nombre Jesús, la cartera pellizcada en el sobaco, leía de una pequeña Biblia manoseada sus predicciones apocalípticas. Declamaba flanqueado por su hijo, un adolescente granujiento –pajillero contumaz, no pude evitar volver a pensar– con un cuello de pollo bailando en lo que parecía un traje prestado y la mirada rendida al suelo, asintiendo con disciplina a todas las iluminaciones de su preceptor. De nuestra más que merecida expulsión del Paraíso, explicaba la pareja, vinieron estos lodos de incivilidad y sufrimiento que asolan hoy al hombre en la tierra. Yo observaba, con desconcierto, las laderas que nos rodeaban, amarillas con la luz del final del día; veía el baile de las nubes sobre nuestras cabezas, los almendros con el blanco de sus flores reventando al calor de la primavera..., y advertía, igualmente, la brisilla traviesa colándose entre las hojas del manual de revelaciones del visitante. Y me preguntaba, les pregunté, si todo esto que nos rodeaba se parecía en algo a las llamas del infierno. Confesé a la pareja mi escasa simpatía por un Dios vengativo y mis dudas, «ya que estamos», sobre la pertinencia de la expulsión del Edén de Adán y Eva.

Con mi réplica, el predicador, ofendido, envió a su hijo de regreso al coche con un gesto protector. Le siguió él mismo a unos pasos, retirándose de espaldas como un *cowboy* acorralado, perdida la sonrisa inicial y con un brillo acerado en la mirada. Me prometía, en su cobarde retirada, futuras visitas para continuar nuestra charla, que calificó de profunda e interesante, así dijo varias veces, *profunda e interesante*. Olfateando mi victoria –y protegido cobarde–

mente tras la valla—, continuaba yo soltando al viento mis dudas sobre la justicia divina, mi suspicacia ante el retorcido diseño de esa tentación en la forma de una manzana «¡QUE PIDE A GRITOS UN MORDISCO!», gritaba desbocado.

Pasaron los minutos y seguía yo acodado en la verja, la mirada perdida en la carretera ahora vacía, acunado por la luz de un sol bajo y en retirada. Bajaba por el camino P., martilleando el suelo con su cayado y conduciendo entre silbidos su rebaño de ovejas como un Moisés dividiendo las aguas. El pavimento pronto desapareció bajo el mar de cabezas bovinas, que recordaba a una soldadesca en el regreso de la batalla. Cerraban el grupo los animales heridos, rezagados y trastabillantes, siguiendo esforzadamente a sus congéneres. Y me invadió un instante de tibia satisfacción en el que de buen grado hubiera prendido un habano con la complacencia del general Patton tras liberar Palermo, o la expectación, valga el símil, de Lord Byron en uno de sus mencionados baños, a la espera de una noche *cargada de lucientes estrellas*.

*

Asoma Reme en el portón de la cocina exhibiendo, triunfal, una lechuga de tamaño pleistocénico. La vecina aparece en ocasiones de este modo, como un súcubo rural con la víctima descabezada al brazo, surgiendo sin previo aviso de la niebla baja que acompaña el final de estos días en U. Reme es dueña del caserío colindante al nuestro, en cuya fachada principal luce una pequeña huerta que las lluvias de estas semanas han convertido en una selva impenetrable. Una sombrilla de helados Frigo, inútil en este verano de frío siberiano, aparece rendida con melancolía al abrazo de las judías incontroladas.

*

Limpio la lechuga deshojándola en el fregadero con entusiasmo creciente. Acaricio la carne de sus hojas palpando el verde músculo de esta planta semisalvaje, modelada por el viento sin dueño de los campos y los montes de los alrededores. Decía Montaigne del buen lenguaje que debe ser «sencillo y natural, igual sobre el papel que en

la boca; succulento y nervioso, corto y apretado, no tanto delicado y pulido como vehemente y brusco [...] alejado de toda afectación, desordenado, deshilvanado y atrevido; que cada trozo tenga su cuerpo»... Y añade a su comentario un epitafio de Fabricio dedicado al laureado poeta Lucano: «Porque al fin no hay estilo mejor que el que conmueve».

He decidido hacer de esta hortaliza mi santo y seña literarios. Con esta simbólica dieta, y alguna lectura ocasional de don Pío (Baroja), espero vacunar mis devaneos de escritorzuelo advenedizo frente a todas las miasmas y todas las tentaciones retóricas que acechan con sus cantos de sirena en el blanco asesino y leviatánico de cada hoja por escribir.

*

—¿Cuánto falta?

Viajamos en coche camino de U. para pasar el fin de semana. Apenas incorporados a la autopista, el pequeño N. suelta su primer dardo de impaciencia. Viaja en el asiento posterior manipulando un enorme reloj anaranjado, enredado a su pequeña muñeca como la serpiente al Árbol de la Ciencia. Explico al retrovisor el significado de la media esfera que nos queda por recorrer, la aguja larga que, señalando al doce, coincidirá, explico pedagógico, con nuestra llegada al caserón dentro de media hora, así le digo, *media hora*. A mi charleta profesoral sigue un minuto de silencio inquietante. Asoma, entonces, sobre mi hombro, la esfera horaria con el doce alanceado con inmediatez absurda y la sentencia de N. sin resto alguno de ironía: «Pues ya debemos de estar llegando».

Luce el sol en U. La sombrilla de helados ha recuperado la vertical y cobija en su sombra a la vecina Remedios, gendarme infatigable del barrio. R. tiene hoy el pelo recogido en rulos de colores y cubierto por una redecilla verde que le confiere un aspecto de rape-ro de Baltimore. Vigila el entorno desde su trono sedente, como un mandatario sumerio, las dos manos sobre el regazo y la mirada atenta a los movimientos en el barrio. Los testigos de Jehová han vuelto, subrepticios, al ataque: pellizcada en la cancela, encuentro una revistilla de proclamas bíblicas, ilustrada con imágenes de dio-

ses barbados asomando entre nubes; otras páginas muestran estallidos nucleares y soldados vociferando con el rostro desencajado; aparecen, igualmente, familias sentadas al calor del hogar, el blanco almidonado de sus camisas refulgiendo en cada viñeta y una sonrisa de maniquí cruzada en cada uno de sus rostros plastificados, que aparecen coronados por una rubia mata de pelo de geometría perfecta. Miro por encima del hombro, atento a cualquier movimiento en los alrededores, alarmado por la posible presencia de un enemigo al que creía derrotado. Reme, Gudea de Lagash, mantiene su gesto mayestático y petrificado bajo su sombrilla, tan sólo sus ojos resabiados dirigen el azul de su rayo en mi dirección. Si la piedra hablara...

*

Con su aparición en escena, la fotografía modificó la percepción del hombre respecto del paso del tiempo y jugó un papel cardinal en la evolución de las artes. Las generaciones posteriores conoceríamos por vez primera, gracias a este ingenio fáustico, el verdadero rostro de nuestro abuelos o el aspecto de nuestras ciudades y calles un siglo atrás; armados de una lupa o de un estereoscopio, turistas e investigadores estudiarían, desde el butacón de su domicilio, los monumentos y las tribus de geografías exóticas atrapados en el papel albúmina; también frenaríamos la descomposición y la ruina de nuestra propia antigüedad, congelando catedrales milenarias en libros y postales. Y podríamos contemplar en el futuro el niño que fuimos al paso de los años, o el esqueleto que seremos, anticipado con implacable verismo en las placas de rayos x, auténticos oráculos del siglo xx y preludio innegociable del cadáver que seremos...

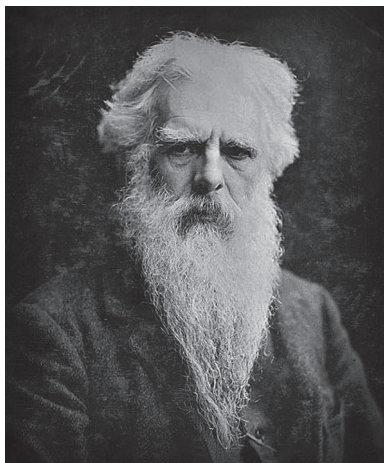
Al igual que la fotografía, el ferrocarril también alteró para siempre nuestros códigos de percepción temporales, acortando las distancias y acelerando los tiempos. En la época en la que Charles Negré componía arteralmente el falso paseo de sus deshollinadores, el ferrocarril extendía el tentáculo de sus vías por toda Europa y América, imponiendo el reglaje horario en las estaciones y sometiendo a una sociedad modernizada a las prisas y a la tiranía del

reloj. Ya quedó copiado en algún punto de nuestro relato la exasperación de Proust frente a la esclavitud horaria de los trenes.

Y es en este momento de nuestra historia cuando los dos ingenios técnicos que en la segunda mitad del XIX modificaron profundamente nuestra percepción del tiempo (la fotografía, deteniéndolo, y el ferrocarril acelerándolo) comparten un singular y paradójico protagonismo...

Corre el año 1872, el dueño de la Pacific Union Express (la línea de ferrocarriles más importante de Estados Unidos), Lelan Stanford, exgobernador de California y aficionado a las carreras de caballos, lidera una encendida polémica al afirmar que el caballo, en algún momento de su carrera, ¡mantiene las cuatro patas recogidas en el aire! ¿Que el caballo volaba? Una loca conjetura inapreciable al ojo humano y de imposible verificación. ¿Imposible? No con la llegada de la fotografía.

Para demostrar su polémica teoría sobre el caballo levitando, Stanford contrató a Eadweard Muybridge, célebre en ese tiempo por su pericia técnica con los disparadores mecánicos, con los que había conseguido reducir los tiempos de exposición al mareante parpadeo de 1/500 de segundo (cifra que reduciría a 1/6000 de segundo en los años venideros). La empresa no fue sencilla y se prolongó un lustro. Fueron años trufados de intentos fallidos, acusaciones de montaje y un sonado juicio en 1875, del que Eadweard Muybridge salió absuelto, por «homicidio justificado», tras descestrarle un tiro al amante de su mujer, de nombre Flora (su mujer). Eran los tiempos del Wild West. Y mira que el inventor lucía una estampa de lo más venerable con una barbota nivea a lo Walt Whitman. Todo este periplo culminó, finalmente, con la célebre secuencia de 16 fotografías de la yegua de carreras *Sally Gardner*, realizada en un hipódromo de Kentucky en 1878, que selló sobre



papel la imagen congelada del animal ovillando las patas en el aire en una postura nunca vista hasta entonces.

Este célebre estudio cinético conocido como *El caballo en movimiento*, más allá de demostrar la no tan loca tesis de Stanford sobre el caballo volador, preludió el cinematógrafo y, lo que es más importante para nuestra historia, *la instantánea fotográfica*.

*

Con la flamante conquista del movimiento y la llegada de este nuevo imaginario de instantáneas congeladas, surgiría una nueva forma de mirar el mundo poblada de escenas impregnadas de una innovadora estética, inédita hasta la fecha, basada en la captura de la acción. Una nueva manera de representar el mundo que alteraría irreversiblemente la evolución de las artes. En cuanto a la fotografía, el aumento de la sensibilidad de las películas y de la velocidad de los obturadores, así como la portabilidad de las cámaras pequeñas, liberarían a la cámara fotográfica del trípode en el siglo xx.

La estética y el novedoso concepto de instantaneidad no quedó confinado al campo de las artes visuales y afectaría a otras disciplinas. De hecho, me he dado cuenta de que las lecturas y los autores con los que llevo un tiempo narcotizado (Proust o Thomas Mann) forman parte de una ilustre estirpe de escritores postfotográficos que, a partir de Henry James, negociaron en cada una de sus páginas una moratoria con el tiempo. Lo que igual explica mi obsesión atolondrada con sus escritos. También he rescatado para mi libreta una perla de los diarios de Virginia Woolf, en los que la autora confiesa su obsesión por conseguir con su escritura «hacer del instante algo imperecedero». Una idea bien fotográfica, sin duda, que llevo anotada en mi vademécum con la esperanza obtusa de recuperar el norte en mis fotografías erráticas y de mis escritos sin fuste.

Porque debo confesar que todas estas pesquisas de bajo vuelo a las que me entrego con una ilusión atolondrada, el enredo en el que me pierdo con todas estas divagaciones mías sobre el tiempo y la fotografía, no acaban de dibujar una feliz conclusión: ¿el tiempo finalmente sometido por el hombre? Mucho me temo que no, pa-

ciente lector, sensible tñido. En este fáustico coqueteo con la eternidad, en este juego del diablo que llamamos «arte», al que se sumó la fotografía como un nuevo juego de ilusionismo en el que nos fingimos dueños del tiempo, el dios Cronos resulta siempre vencedor y el hombre, pobre mortal, evaporado el velo de sus sortilegios creativos, agrietado el falso espejo de la intemporalidad, no tiene más remedio que volver a la caverna de su temporalidad, a la realidad inclemente de las horas y de los días. Seguimos buscando el edén perdido...

*

¿Y qué podemos colegir de toda esta diatriba sin rumbo? ¿A dónde nos llevan, lector querido, el ferrocarril, Muybridge, Miguel Ángel o el Paraíso perdido? La tesis con la que anudar todo este galimatías podría ser la siguiente: el hombre-artista, por un lado, en su proceso de contemplación y representación del mundo, en su ejercicio de reformulación del mismo, podríamos decir, se abandona al juego feliz e inconsciente de la *recreación* (*recreo*) de la realidad, en la que el tiempo parece no existir; por otro lado, en su determinación por fabricar objetos inmunes a las dentelladas del tiempo, el hombre-artista *procrea* (*procreación*), alumbrando, dando luz, nuevas realidades (poemas, catedrales, sinfonías, esculturas, descendientes...), nuevos objetos y artefactos, nuevos individuos, postulados para la eternidad.

Curioso este campo semántico en el que desde el arte (*recreo*) y desde el amor (*procreo*) imitamos el momento fundacional de los dioses (*creo*), el génesis original, en el que no existe posibilidad de tedio, de aburrimiento, porque no hay tiempo que combatir ni, por supuesto, conciencia del mismo. Pequeñas divinidades inventando poemas o fabricando individuos, arrebatados sobre el folio por escribir o entregados al abrazo de Eros, remedando el acto fundacional del gran cosmocrator, el arquitecto del universo, en el instante previo a la *creación* del mundo, del tiempo y de los hombres. Da igual que se trate del dedo de Dios o del Big Bang, nos convertimos por un momento, transportados, en minidioses todopoderosos a la caza del instante primigenio.